

Capítulo LXIII.

El último recurso

Al fin se encontraron reunidos.

Era por cierto una asamblea bien heterogénea.

Por una parte, los indios con su ignorancia y credulidad.

Por otra, los españoles alumbrados por la luz de la religion y de la ciencia.

Y sin embargo, era preciso que se entendieran, que llegasen á un acuerdo definitivo.

La suerte de Colon y de sus compañeros dependia de la actitud de los indios.

La mala semilla que habian sembrado entre los salvajes los rebeldes capitaneados por los hermanos Porras, estaba fructificando.

Sabido es que aun los ménos malos de los insur-

gentes, queriendo justificar ó atenuar su infame y alevosa conducta con aquellos desgraciados indios, á quienes sacrificaban con el despojo y con los más duros tratamientos, les dijeron que no procedian por cuenta propia, sino por órdenes severas que les habia dado el almirante.

Y aquellos infelices, crédulos siempre, tenian por ciertas tan terribles calumnias.

No era, pues, motivo de extrañeza el encontrarse preocupados contra Colon, puesto que en él veian al gran usurpador, al tirano, al hombre fatal que iba á aquellas regiones para causar su ruina y para asolarlas completamente.

Por eso mismo los indios celebraban cordialmente la situacion crítica de las naves, y esperaban que la falta de víveres concluiria por hacer morir de hambre á toda la tripulacion, que solo habia ido á aquel país para sacrificarlo.

No se ocultaban á Colon las precauciones de los indios, ni el ódio mortal que le profesaban.

Pero si no acudia á los indios, le era imposible proveerse de los víveres que le era tan indispensables para atender á las más precisas necesidades de su gente.

Para hablarles de este asunto, que tanto les interesaba, era para lo que los habia convocado.

Y persuadido como estaba que por los medios ordinarios no podria conquistar sus simpatias ni ponerlos á su servicio, apeló á un recurso hábil é ingenioso.

—No sabeis para qué os he llamado,—les dijo

por medio de su intérprete,—y deseo que lo sepais pronto, porque quiero dispensaros un gran favor, y espero que me correspondereis.

—No, no; no nos hará favor,—decía un indio.

—Es muy malo,—añadía otro.

—Si nos querrá matar.

—No, no tiene provisiones.

—Eso es lo que quiere.

—Pues no se las daremos.

—Que se muera él.

—Y todos los españoles.

—Que nos dejen en paz

Estas y otras frases se escapaban de los inquietos labios de los indios congregados en las deterioradas naves de Colon.

Y aunque él comprendía todo cuanto ellos pensaban, aparentó una gran serenidad, sin esforzarse mucho, pues la serenidad en los más graves peligros era uno de los rasgos que más le caracterizaban.

—Confíad en nosotros,—les dijo en tono dulce y afectuoso.

—No, no confiaremos, porque es un tirano.

—Porque quiere robarnos.

—Pero ya no puede, porque los otros españoles se han escapado, y estos son ya pocos y están enfermos.

Estas y otras palabras parecidas interrumpían el discurso de Colon; pero continuaba:

—Confíad en nosotros, porque os queremos, y no os hemos hecho daño alguno.

—Sí, sí; que por él nos quitaron todo cuanto teníamos guardado.

—Y nos dejaron sin comer.

Al comprender Colon que le acusaban de despojador, él que tan evangélico y tan caballero era en toda su conducta:

—No,—dijo con palabra severa y conmovida;—no, nunca se cometerán por mí semejantes atropellos. Al contrario, siempre prohibiré muy severamente á los hombres que estén bajo mi mando que hagan daño alguno en las personas y en los bienes de los pobres y desgraciados indios.

—Yo los quiero con todo mi corazón,—añadió,—y estoy dispuesto á hacerles todo el bien que me sea posible.

—Pues así lo dijeron,—exclamaba un indio,—Ellos aseguraron que todo cuanto hacían era lo que les había ordenado su jefe.

—Mentían los miserables, mentían alevosamente. No fueron mandados por su jefe; fueron prófugos de estas naves, donde siempre había orden, disciplina y gran respeto al prójimo, á quien miramos como á nuestro hermano, lo mismo que á su propiedad.

Aunque las palabras de Colon eran ininteligibles para los indios, aunque el intérprete se las tradujese genuinamente, sin embargo, el acento y la majestad con que las pronunciaba les daban un carácter de verdad y de grandeza, que producía su efecto entre los salvajes.

—Nosotros no podemos dañaros, porque no nos

pertenece, no somos dueños de nuestra conducta. Nosotros adoramos á un Dios que está en el cielo, y que desde el cielo bajó á la tierra, y lo hizo para enseñarnos el amor inmenso que debemos tener á todos los hombres, sea cualquiera el país que habiten y la raza á que pertenezcan. Y nosotros queremos ser fieles á la enseñanza que recibimos de la Divinidad, no sólo por que así le agradamos, y ese es nuestro mayor deseo, sino por que si así no lo hiciéramos, seríamos terriblemente castigados.

A los hombres que se portan bien los envia contrariedades y trabajos; pero al fin les premia y los recompensa crecidamente con grandes y visibles dádivas.

—Vosotros lo habreis observado,—les decia;—vosotros habreis visto que la expedicion de Diego Mendez, hombre honrado, generoso y valiente, fué protegida por la Divinidad, porque se proponia un gran fin, y sólo aspiraba á cumplir sus deberes más sagrados.

Pero ya sabeis la suerte que ha cabido á esos infames capitaneados por los hermanos Porras. Ellos empezaron por sublevarse contra mí, y muy pronto sintieron los rigores de la expedicion, porque perdieron todo su prestigio para la gente que mandaban; y más tarde sufren toda clase de padecimientos, acosados por el hambre, por las enfermedades y por su propia conciencia, que en voz muy alta les acusa de sus grandes crímenes.

Y esa Divinidad, inflexible para con los malos, pero bondadosa con los hombres de buena volun-

tad, os castigará sensiblemente si no cumplís aquellos deberes que vuestra razon os promulga muy claramente.

No ignorais que no se debe dañar á otro, ni tampoco se os oculta el deber que teneis de prestaros recíproco auxilio y proteccion. Si no os auxiliárais, moriríais devorados por el hambre y por vuestras necesidades no satisfechas.

Pues esos deberes que conoceis nos los ha enseñado muy ámpliamente el mismo Dios cuando descendió al mundo y habitó entre nosotros.

Por eso no os haremos nunca mal, y procuraremos prestaros servicios. Pero si vosotros no haceis lo mismo, caerán sobre los que os porteis indignamente toda clase de calamidades.

Esta noche misma se verificará un acontecimiento que os llenará de confusion y espanto. Esta noche misma quedareis envueltos en una oscuridad tenebrosa, que sobrecogerá vuestros corazones y os llenará de confusion.

Y ese suceso os hará arrepentiros de vuestras culpas, y temblareis ante la idea del poder de Dios y de las penas inmensas con que podrá castigaros.

—Quiere asustarnos.

—Sí, sí; lo que quiere es que le demos víveres.

—¡Si dirá la verdad!

—Aquí estamos nosotros, que somos vuestros hermanos, los que hemos venido á estas regiones para haceros un gran bien, que todavía no podeis conocer ni

apreciar. Y aquí estamos débiles, enfermos y sin alimentos ni recursos.

— Mejor, mejor.

— Eso es lo que queremos.

— Así morirán pronto.

Estas eran las frases con que murmuraban los indios al saber la situación en que se encontraban los buenos españoles que habían sido fieles á Colon.

Tampoco debe admirarnos semejante actitud, pues estaba muy arraigada en todos ellos la idea de que aquellos hombres no tenían otra mira que enriquecerse, y que para lograr su objeto no perdonaban medio ni omitían recurso alguno.

Sin embargo, era tal la presencia de ánimo del almirante, tal la confianza que revelaba su noble fisonomía, que algunos indios comenzaron instintivamente á señalarle con simpatía; pero la gran mayoría lo consideraba como un monstruo, como un infame, como un usurpador.

Y al persuadir Colon del estado de incredulidad en que se encontraba su auditorio, exclamó así:

— Esta noche se oscurecerá la luna, quedareis envueltos en tinieblas; conoceréis vuestras faltas, y temblareis ante las penas con que Dios puede castigaros.

Capítulo LXIV.

Dios y el hombre.

Las palabras de Colon, tan solemnemente pronunciadas, impresionaron á los indios.

Y aun los que iban dispuestos á escuchar frases engañosas, quedaron sorprendidos ante aquel hombre privilegiado y excepcional.

Si el acontecimiento que les anunciaba hubiera sido para un plazo más remoto, se hubieran afirmado más y más en sus creencias. Pero el decirles que aquella misma noche iba á verificarse, les llenaba de confusión y espanto.

Pero á la animada conversacion y á los incesantes murmullos siguió una terrible calma; calma precursora de algun suceso extraordinario.

Nadie contestaba afirmativamente á las proposiciones que se hicieron.